

Genes, chicas y laboratorios

James Dewey Watson

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 02/03/2006

Como a Mozart, una genialidad precoz en un empeño concreto impidió a James D. Watson cristalizar una personalidad equilibrada. El codescubridor de la estructura en doble hélice antiparalela del ADN, una de las imágenes del siglo, escribe sus memorias con la candidez inmadura de un adolescente.

Se trata de la segunda parte de una narración que no pudo tener una primera entrega más feliz que *La doble hélice* (Alianza Editorial), obra que cabe catalogar como del género que se ha llamado de “facción”, en la que se describe con gracia, frescura y una decidida intención literaria, la historia del descubrimiento de la famosa estructura.

Cuando apareció el libro, Watson tenía 40 años y habían transcurrido quince desde el acontecimiento y seis desde la concesión del premio Nobel. El autor-protagonista es un personaje propio de J. D. Salinger, un joven de 1,85 metros de estatura y orejas de soplillo, que viste de vaqueros y camisa suelta, calza zapatillas de tenis sin cordones y lucha sin éxito por adaptarse a las realidades de la vida adulta. Ingresó con 15 años en un programa experimental en la Universidad de Chicago y a los 22 era ya doctor por la de Indiana bajo la supervisión de Salvador Luria, quien obtendría el premio Nobel años después que su discípulo. Tras una estancia fallida en Dinamarca, recalca en el famoso laboratorio Cavendish, donde en colaboración con Francis Crick, con ideas propias y datos experimentales robados, logra descubrir el secreto estructural de la herencia antes de cumplir los 25.

Tuve la suerte de leer *La doble hélice* en dos sucesivas entregas mensuales de la revista *The Atlantic Monthly*, antes de su publicación como libro, y ésta fue una de las más exaltadas experiencias lectoras de mi vida. De aquí el interés con que he leído la segunda entrega y la consternación con que debo consignar la decepción que ésta me ha causado. En *Genes, Girls and Gamow*, título original, un Watson ya camino de los ochenta años da cuenta de su vida entre 1953 y 1968, si incluimos el epílogo. Los escenarios son el California Institute of Technology y Harvard, donde alcanza la cátedra en 1961, junto con la Universidad de Cambridge (Reino Unido), el Laboratorio de Investigaciones Marinas de Woods Hole y el mítico laboratorio de Cold Spring Harbor, que dirigiría a partir de 1968. Como marino que ha perdido la gracia del mar, Watson convive en todos estos sitios con luminarias tales como George Beadle, Renato Dulbecco, Richard Feynman, Victor Rothschild, Naomi Mitchinson o Linus Pauling, que aparecen de forma constante en su narración sin que nos diga nada realmente interesante sobre ellos. El cosmólogo George Gamow es el único que aparece vivo en su extravagancia y en el constante abuso de la bebida y de las bromas pesadas y patosas que juntos maquinan. Watson deambula sin lograr hincarle el diente a ningún problema digno de su talla. Se ha postulado que el ADN dirige la síntesis de proteína por mediación del ARN y muchos se afanan por demostrar experimentalmente los mecanismos involucrados, pero en contraste con Crick, Watson no lograría hacer contribuciones importantes durante el resto de la edad de oro de la biología molecular y acabaría desempeñando una carrera de gestor científico que ha sido tan heterodoxa como al parecer eficaz.

Su arrogancia aflora sin pudor, como le es característico. Así, con motivo del homenaje a Pauling por su premio Nobel, relata: “Dick Feynman y yo estábamos sentados juntos. Aunque no podíamos decírselo a los demás, sentíamos que éramos en Caltech los candidatos más obvios para futuros premios Nobel.” En Harvard entró como elefante en cacharrería. El eminente sociobiólogo E. O. Wilson lo describe sin recato como “el ser humano más desagradable que ha

conocido”, una especie de “Calígula de la Biología” que desdeñaba todo lo que no fuera el estudio genético de los seres vivos y que casi hizo naufragar la investigación biológica en la prestigiosa universidad.

El libro está escrito de una forma gris y monótona, y se detiene hasta el aburrimiento en describir su patética persecución de unas chicas que siempre se le escapan: “Si mi inesperada reaparición en la vida de Margot tuvo algo que ver con su decisión de aceptar, un mes después, un empleo en Londres, no me dio razón alguna para saberlo”, es un comentario típico. De alguien que ha hecho contribuciones tan sobresalientes y que ha convivido con la crema intelectual de toda una época, en dos continentes, cabía esperar mucho más.